Globethics Repository



La humanidad forma parte de un vasto universo en evolución (Humanity is part of a vast evolving universe)

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Book chapter
Authors	Tucker, Mary Evelyn
Publisher	Earth Charter Initiative
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 20:25:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/187137

Mary Evelyn Tucker, EE.UU. Un ensayo temático ampliado sobre conceptos clave contenidos en el Preámbulo

La humanidad forma parte de un vasto universo en evolución



Mary Evelyn Tucker es Profesora de Religión en la Universidad de Bucknell en Pennsylvania, donde imparte cursos sobre religiones asiáticas y sobre religión y ecología. Conjuntamente con John Grim, organizó una serie de conferencias sobre Religiones Mundiales y Ecología en la Universidad de Harvard; ellos son los editores de la serie de diez volúmenes de esas conferencias (Harvard University Press). Ella es la autora de *Worldly Wonder: Religions Enter Their Ecological Phase* (Maravilla universal: Las religiones ingresan a su etapa ecológica) (Open Court Press, 2003) y de *Moral and Spiritual Cultivation in Japanese Neo-Confucianism* (Cultivo moral y espiritual del neo-confucionismo japonés) (SUNY, 1989). Coeditó *Worldviews and Ecology* (Visiones mundiales y ecología) (Orbis, 1994), *Buddhism and Ecology* (El budismo y la ecología) (Harvard, 1997), *Confucianism and Ecology* (El confucionismo y la ecología) (Harvard, 1998) y *Hinduism and Ecology* (El hinduismo y la ecología) (Harvard, 2000) y *When Worlds Converge* (Cuando los mundos convergen) (Open Court, 2002). Mary Evelyn es miembro de la Sociedad Interreligionaria para el Medio Ambiente del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y formó parte del Comité Internacional de Redacción de la Carta de la Tierra durante el período 1997-2000.

> El siglo XX será recordado principalmente por futuras generaciones, no como una era de conflictos políticos o innovaciones técnicas, sino como una época en la que la sociedad se atrevió a pensar en el bienestar de toda la raza humana como un objetivo práctico.
> *Arnold Toynbee*

Ésta es una aseveración contundente por parte de uno de los principales historiadores de historia universal. Ciertamente, la Carta de la Tierra, terminada a finales del siglo XX, representa la confirmación de esta predicción hecha por Toynbee. Sin embargo, la Carta amplía la declaración de Toynbee manifestando que el siglo XXI será recordado por esta extensión de nuestras preocupaciones morales, no sólo hacia los seres humanos, sino también hacia otras especies y ecosistemas. Desde la justicia social hasta la justicia ecológica, el movimiento por cuidar del ser humano forma parte de varios círculos concéntricos que se hacen cada vez más grandes. Esto es lo que representa la Carta de la Tierra como aspiración y movimiento. Ciertamente, el siglo XXI puede ser recordado como el siglo en el que los seres humanos sentaron las bases para el bienestar del planeta como un todo, al abrazar a la comunidad mundial. El futuro de la vida podría depender del tamaño de nuestro abrazo, ya que estamos frente a un reto sin precedentes de construir una civilización planetaria multiforme que incluya la diversidad tanto cultural como biológica.

En este contexto, el reto particular de la Carta de la Tierra consiste en que nosotros identifiquemos la clase de visión, valores y ética que ayude a impulsar la transformación hacia la creación de dicha civilización planetaria. Un futuro sostenible requiere no sólo de enfoques administrativos o legislativos, por importantes que éstos sean, sino una visión sostenida de ese futuro. Esta visión debe evocar los sentimientos más profundos de empatía, compasión y sacrificio, teniendo siempre presente el bienestar de futuras generaciones. Por primera vez en la historia, se nos hace un llamado para que desarrollemos una nueva concientización y conciencia intergeneracionales, que se extienda a toda la comunidad mundial.

Según se expresa en el Preámbulo a la Carta, ésta es una tarea de suma urgencia. Conforme la Tierra se va calentando, aumentan los huracanes, las especies se extinguen, la contaminación del agua y del aire se propaga, y las guerras por los recursos recrudecen, prevalece una sensación de inquietud entre muchos ambientalistas y ciudadanos comunes de que es una cuestión de tiempo para que enfrentemos desastres de proporciones mayores. La inminente crisis ambiental, en su escala masiva y complejidad creciente, es un claro desafío a cualquier solución fácil. Más aún, la locura intensificada por la guerra mundial contra el terrorismo le ha restado importancia al terror generalizado que los seres humanos han desencadenado en el planeta, sus ecosistemas terrestres y marinos y todas las especies que los habitan. Esta indiferencia se conjuga con una enorme apatía o negativa por parte de varios sectores con respecto a la magnitud de los problemas que estamos enfrentando. Esto es particularmente cierto de aquéllos que viven dentro de los confines de sociedades de alto consumo.

Dentro de este contexto de la crisis ambiental global, la naturaleza crítica de nuestro momento histórico está descrito por Mihaly Csikszentmihalyi en su libro *The Evolving Self* (El Ser Evolutivo) (Harper-Collins, 1993). Hace énfasis en la enorme responsabilidad de nuestra especie que describe el ímpetu detrás del Preámbulo a la Carta de la Tierra:

> La hora de la ingenuidad…ya ha quedado atrás. Ya no es posible que la humanidad siga cayendo en el sibaritismo. Nuestra especie se ha tornado muy poderosa para dejarse llevar sólo por instintos. Los pájaros y las ratas ya no pueden causar daño sino a sí mismos, en tanto que nosotros podemos destruir la matriz de la vida en el planeta. Los impresionantes poderes de los que nos jactamos también exigen una responsabilidad correspondiente. Conforme vayamos tomando conciencia de los motivos que dan origen a nuestras acciones y nuestro lugar en la cadena de la evolución se torne más claro, debemos idear un plan significativo y vinculante que nos proteja a nosotros y al resto de la vida, de las consecuencias de lo que hemos provocado. (p. 18)

El autor continúa reconociendo, como lo hace también el Preámbulo, que la concientización emergente de nosotros mismos, como especie planetaria que comparte la vida futura, es vital:

> El único valor que todos los seres humanos podemos compartir fácilmente es la continuación de la vida en la Tierra. En este objetivo único se unen todos los egoísmos individuales. A menos que la identidad de dicha especie tenga prioridad sobre las identidades más particulares de fe, nación, familia o persona, será difícil ponerse de acuerdo sobre el curso que se debe seguir para garantizar nuestro futuro.... (p. 19)

El crear dicha identidad de especie es precisamente el reto que tenemos ante nosotros como individuos y miembros de una comunidad mundial. Como lo expresa el Preámbulo: "Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común" (primer párrafo).

El Preámbulo señala que podemos correr el riesgo de "la destrucción de nosotros mismos y de la diversidad de la vida" (cuarto párrafo), si no abrazamos esta identidad de especie más amplia. Csikszentmihalyi reconoce que el futuro de la evolución estaría en juego si fallamos. Él señala:

> Es por esta razón que el destino de la humanidad en el próximo milenio depende tan estrechamente de la clase de seres que logremos crear. La evolución de ninguna manera está garantizada. Tenemos la oportunidad de formar parte de ella en la medida que seamos capaces de comprender cuál es nuestro lugar dentro de ese gigantesco campo de fuerza que llamamos naturaleza. (p. 25)

Como lo indica Csikszentmihalyi, una de las áreas críticas que debemos explorar es la profundidad de nuestros seres evolutivos, que forman parte de la gran matriz de la vida. Podemos confiar en alguna medida de que encontraremos la próxima temporada de nuestra evolución como seres humanos cuando logremos "comprender cuál es nuestro lugar dentro de ese gigantesco campo de fuerza que llamamos naturaleza".

El Preámbulo a la Carta de la Tierra nos señala el camino a seguir como ciudadanos de la Tierra dependientes de la fuerza de la naturaleza. Sugiere que necesitamos redescubrir los códigos entrelazados de nosotros mismos como seres bioculturales, llenos de la herencia combinada de supervivencia biológica y creatividad cultural. Éste es el imperativo de nuestra evolución como una especie que clama por una nueva "codificación cultural" que sea en resonancia con, pero diferente de, la codificación genética de la evolución misma. En la actualidad podemos considerarnos como marcados con la huella de la compleja codificación de la naturaleza y entrelazados con los ritmos de la naturaleza. Al mismo tiempo, nuestra codificación cultural deberá alinearse con las fuerzas y límites de la naturaleza. Esto requiere de nuevas formas de educación, religión, política y economía para alcanzar un futuro sostenible.

Existen muchas señales de que estas formas están emergiendo y de que estamos evolucionando hacia nuestra próxima etapa como seres humanos. Con la ayuda de tecnologías y diseños sostenibles, con economías y políticas ecológicas y con educación y ética ambientales, estamos aprendiendo a colaborar con el proceso evolutivo y a participar en el sinnúmero de procesos de los poderes del universo. Si las decisiones tomadas por los seres humanos han suspendido la selección natural debido a nuestro poder planetario como especie, podemos aprender a alinearnos nuevamente con el florecimiento evolutivo. En lo que protegemos, en lo que construimos, en lo que comemos, en lo que amamos, en todo esto encontraremos los principios que avivan la evolución universal, que también afianzan la cultura y orientan a los seres humanos en la creación de sus comunidades. Nos convertiremos en aliados con los procesos evolutivos. Ésta es la petición del Preámbulo: la opción de "formar una sociedad global para cuidar de la Tierra y de unos a otros" (cuarto párrafo).

Para crear una sociedad tal, debemos echar mano del amplio esquema evolutivo del universo, de la Tierra y del ser humano. Esta perspectiva de la evolución proporciona un contexto expansivo para articular los esquemas potenciadores de valores y virtudes para las personas y las comunidades. Esta visión mundial agrandada de la evolución brinda los medios para activar un amplio conjunto de valores y ética que señalarán el camino para formar alianzas con la evolución.

Ése es el contexto a gran escala que ofrece el Preámbulo. El mismo afirma: "La humanidad es parte de un vasto universo evolutivo. La Tierra, nuestro hogar, está viva con una comunidad singular de vida. Las fuerzas de la naturaleza promueven a que la existencia sea una aventura exigente e incierta, pero la Tierra ha brindado las con-

diciones esenciales para la evolución de la vida" (segundo párrafo). Por esta razón, el Preámbulo afirma que las condiciones físicas, químicas y biológicas para la vida se encuentran en una constante y delicada interacción para la creación y sustentación de la vida. Nuestra respuesta a este impresionante proceso es la responsabilidad de su continuidad y por ende, convertirnos en una especie que fomente la vida.

Debe resaltarse la importancia de esta perspectiva evolutiva en el Preámbulo, ya que marca un momento decisivo en nuestra reconsideración de la ética dentro de un contexto tan extenso. Las consecuencias de la historia de la evolución que estamos empezando a absorber son múltiples. Incluyen un nuevo sentido de *orientación*, *pertenencia* y *vitalidad*. La historia del universo nos da una orientación hacia la magnitud de tiempo y espacio que evoca al mismo tiempo sorpresa y admiración. Comenzamos a escudriñar la macrofase de nuestro propio ser, mientras observamos los 13.700 millones de años del universo desplegarse mediante estrellas, galaxias, planetas y formas de vida. Reconocemos que los componentes químicos de nuestros organismos son el resultado de la formación de las estrellas. Somos polvo de estrellas que brilla dentro de un cuerpo humano.

Junto con dicha orientación expansiva, recibimos una profunda sensación de pertenencia al universo y a la Tierra. Estamos atados y conectados al planeta, mientras compartimos nuestra dependencia en los elementos como aire, agua y tierra para nuestra supervivencia. La historia del universo, por tanto, descentraliza a los seres humanos en medio de la inmensidad del universo y los recentraliza como parte de, y no aparte de, la gran comunidad de la vida. En particular, resalta nuestro papel como una especie entre otras, todas radicalmente dependientes de la Tierra para nuestro bienestar. Nuevamente estamos reconociendo que pertenecemos a la comunidad de la Tierra.

Esta perspectiva nos da una nueva y estimulante vitalidad para cuidar de los procesos de la Tierra y participar en ellos. Con la evolución, nuestra sociedad se convierte en una expresión de nuestra gran compasión por todas clases de vida: humana y "más que humana"[1]. Estimular el florecimiento futuro de la vida es el destino de los seres humanos, que participan en lo que los confucianos chinos han denominado "los poderes de transformación y sustentación del Cielo y la Tierra"[2]. Nuestro placer por la vida es lo que nos impulsará hacia adelante, mientras nos alineamos con estos poderes cosmológicos. Con dicho alineamiento seremos capaces de crear nuevas formas de relación entre los seres humanos y la Tierra, que están representadas en varios campos de la educación, religión, gobierno, economía, medicina, legislación, tecnología y diseño.

Dentro del marco de la historia del universo, estamos comenzando a aceptar que nuestro factor común es el mismo que el de la Tierra. La supervivencia de las especies y del planeta depende de ello. Todas las especies deben adaptarse para su supervivencia y esto es especialmente crítico para los seres humanos. Esta adaptación será menos biológica que cultural. Tiene que ver con un cambio en la percepción y en los valores, partiendo de una mentalidad occidental del Siglo de las Luces, que hace énfasis en el individualismo radical, hasta una mentalidad de comunidad de la Tierra con un futuro en común.

Este cambio requiere una expansión de la ética como la que contiene la Carta y se resume en el Preámbulo. Los valores del Siglo de las Luces de "vida, libertad y la búsqueda de la felicidad" están reformulados en el Preámbulo, no sólo para satisfacer los derechos de propiedad individual y los de las personas, sino para incluir a la comunidad de la Tierra en general. El reto que nos lanza el Preámbulo es pasar de valores antropocéntricos a valores biocéntricos.

Por lo tanto, al referirse a la "vida" como un valor importante, el Preámbulo utiliza el término para incluir toda clase de vida: otras especies y ecosistemas, así como las personas en un plano lejano y generaciones futuras. Hasta ahora, según lo advierte Thomas Berry, hemos desarrollado una ética en la comunidad humana relativa a la vida para abordar los problemas de homicidio, suicidio y hasta genocidio, pero no un suicidio biológico, ecológico ni geológico. Esto es lo que representa el Preámbulo: una respuesta ética amplia para evitar el potencial suicidio geológico. Modifica nuestra postura desde considerar a la naturaleza simplemente como un recurso para el uso humano. a verla más bien como una fuente de vida. En resumen, el Preámbulo cambia nuestra perspectiva de la Tierra como producto a la Tierra como "comunidad de la vida".

La "libertad" se define en el Preámbulo no sólo como un asunto de derechos individuales, sino que incluye la responsabilidad humana hacia un todo mayor. Insta a los pueblos de la Tierra a que "declaremos nuestra responsabilidad unos hacia otros, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras" (primer párrafo). Así, el Preámbulo nos lleva desde la libertad personal hasta la atención comunitaria. Pasamos de celebrar el individualismo radical a tener una "relación estrecha con todo tipo de vida". El Preámbulo destaca este punto en el llamado a la "Responsabilidad Universal" que cubre desde problemas locales hasta preocupaciones globales.

En lo que concierne la "búsqueda de la felicidad", el Preámbulo nos lleva desde la adquisición y el consumo individual, hasta la gran labor de contribuir a la transformación de la relación ser humano-Tierra. Hace énfasis en el concepto de que "una vez satisfechas las necesidades básicas, el desarrollo humano se refiere primordialmente a ser más, no a tener más" (cuarto párrafo). Nos lleva desde la propiedad privada como un derecho exclusivo, hasta aceptar el deber público de conservar el suelo, el agua y el aire para las generaciones futuras. El Preámbulo manifiesta que: "La protección de la vitalidad, la diversidad y la belleza de la Tierra es un deber sagrado" (segundo párrafo).

Este esquema conceptual tan extenso, más allá de los valores del Siglo de las Luces, ofrece un contexto para que los seres humanos podamos percibir los problemas entrelazados junto con las soluciones interconectadas. Esto es lo que se propone el Preámbulo a la

Carta de la Tierra, al diseñar un anteproyecto sencillo pero viable, para un futuro sostenible. Resalta los temas interrelacionados de medio ambiente, justicia y paz como medulares en nuestros retos globales. Ante el trasfondo de la evolución en el Preámbulo, el cuerpo principal de la Carta esboza un conjunto integrado de ética y prácticas para abordar estos tres temas relacionados entre sí. Se propone dilucidar los temas de medio ambiente y desarrollo, que a veces compiten entre sí.

La Carta reconoce que el futuro de la vida es imposible sin integridad ecológica. La vida y todo el desarrollo económico dependen de la salud de la biosfera. Por lo tanto, la conservación de los ecosistemas y de la biodiversidad es esencial, conjuntamente con el uso prudente de los recursos no renovables y la exploración de fuentes de energía renovables.

Para realizar esto de manera eficaz, se necesita equidad y poder de decisión social y económico. Las crecientes brechas entre ricos y pobres del mundo desarrollado y del mundo de desarrollo ocasionan disturbios sociales y pueden generar resentimiento y terrorismo. Es de suma importancia encontrar la forma de cerrar estas brechas. Los temas de pobreza y medio ambiente están estrechamente vinculados en este esquema. El desafío consiste en descubrir cómo administrar el desarrollo económico para mejorar las condiciones de vida, sin degradar de manera permanente al medio ambiente.

Un tercer punto en el cuerpo principal de la Carta incluye la democracia, la no violencia y la paz. Es casi imposible lograr los objetivos de un entorno saludable y de sociedades equitativas, sin contar con instituciones democráticas y estructuras legales que fomenten la participación y la transparencia. Las aspiraciones de millones de personas de vivir en sociedades democráticas sin abusos a los derechos humanos es palpable en todo el mundo. Más aún, resulta cada vez más obvio que no podrá alcanzarse la paz entre las naciones si no se discuten los temas ambientales y sociales. Por ende, la Carta destaca la importancia de un esquema potenciador que identifique un conjunto integral de prácticas éticas que entrelace al medio ambiente saludable, con los principios de justicia y las instituciones democráticas.

El espíritu potenciador de la Carta de la Tierra se enlaza con su sentido de reto histórico, en su Preámbulo, específicamente referido a que: "Los fundamentos de la seguridad global están siendo amenazados" (tercer párrafo). No obstante, advierte: "Estas tendencias son peligrosas, pero no inevitables" (tercer párrafo) y continúa diciendo que: "La elección es nuestra: formar una sociedad global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a la destrucción de nosotros mismos y de la diversidad de la vida" (cuarto párrafo).

La Carta concluye diciendo en un tono igualmente optimista pero reservado, "Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo" (*El Camino hacia Adelante*, primer párrafo). Señala que "El proceso requerirá un cambio de mentalidad y de corazón", de visión y de valores (*El Camino hacia Adelante*, segundo párrafo). Luego, la Carta cita como ejemplo una importante tendencia hacia la ética global integrada. Destaca la importancia de nuestra época en la historia de la humanidad. Ofrece un contexto potenciador con valores y prácticas que impulsará a la comunidad humana hacia el mejoramiento, y no la degradación, de la vida. Las reflexiones de la Carta de la Tierra en foros políticos, grupos religiosos, reuniones académicas y organizaciones ambientales ya han comenzado a fomentar una base más unificada de pensamiento y acción.

La Carta de la Tierra, entonces, alberga la esperanza de lograr una visión ampliada y valores alentadores para la gran comunidad de la Tierra, en tanto busca puntos comunes para un futuro sostenible. El extenso esquema de la historia de la evolución en el Preámbulo muestra principios animados de orientación al universo, de pertenencia a la comunidad de la Tierra y de vitalidad en relación con los procesos de la vida. Estos principios forjan los nexos de la relación entre los seres humanos y la Tierra, sustentando así las demandas del correlativismo y restaurando las fuentes del deleite. Dentro de esta visión ampliada de interconexiones contenida en el Preámbulo, surge un nuevo conjunto de prácticas de ética globales dentro de los principios de la Carta. Esta Carta se convierte en un esquema potenciador que inspira compromiso y participación en las relaciones mutuamente mejoradas de los seres humanos con la Tierra. Si los seres humanos se imaginaran y activaran estas relaciones, ello daría origen a los contornos emergentes del futuro del proceso evolutivo como tal. ●

Notas

1 Para utilizar la frase de David Abram.
2 *The Doctrine of the Mean*, Confucio